

Editorial

El mito de la tolerancia



Sylvie R. Moulin*

Dondequiera que sea, explican a los padres que deben enseñar la tolerancia a sus hijos, aleccionarlos en la toma de conciencia acerca de las diferencias entre grupos humanos y en el respeto a otros individuos, sea cual sea su pertenencia étnica, su religión, sus inclinaciones sexuales o sus incapacidades intelectuales y físicas, instruirlos en proscribir los estereotipos y prejuicios de cualquier tipo, a construir puentes que unan y no muros que separen. Y si los padres no cumplen, por falta de tiempo o despreocupación, las escuelas se encargarán de transmitirles a las nuevas generaciones ese concepto fundamental, les mostrarán cómo escuchar sin interrumpir o

tratar de imponerse, a ser generosos, a respetar el espacio de los demás, a dialogar en vez de pelear, a trabajar en grupos y a descubrir otras culturas. Y si los niños se olvidan de la lección enseñada en el colegio, por lo menos unos se salvarán en el lugar de culto de los padres, donde les repetirán copiosamente que hay que amar al prójimo y que todos los hombres son hermanos.

Todas estas maravillas aparentemente impregnan bien a las pequeñas esponjas que constituyen sus cerebros. ¿Qué pasa entonces cuando crecen y llegan a la vida real, cuando son de repente capaces de matar por un concepto

*Profesora, traductora y escritora. Doctorado en Estudios Ibéricos e Iberoamericanos y Master en Literatura Comparada, Universidad de Paris IV-Sorbonne. Docente por 12 años en Estados Unidos. Autora de varios libros de crónicas y cuentos.





divergente, cuando el culto se transforma en motivo de masacre? Voltaire ya lo expresaba en 1763 en su *Tratado sobre la tolerancia*: “El derecho de la intolerancia es absurdo y bárbaro: es el derecho de los tigres, y es mucho más horrible, porque los tigres sólo matan para comer, y nosotros nos hemos exterminado por unos párrafos” (Cap. VI).

Pasaron más de dos siglos, y uno presume que estamos en otra época, que la caza de brujas ya terminó, pero ¿qué ocurre cuando lanzan bombas en el metro de Londres o contra el maratón de Boston, cuando matan a dibujantes de Charlie Hebdo con automáticos Kalashnikov, cuando kamikazes se hacen reventar en el aeropuerto de Bruselas, cuando degüellan a un profesor en los suburbios de París por haber mostrado caricaturas de Mahoma, o cuando apuñalan a Salman Rushdie en Chautauqua, a punto de presentar una conferencia sobre los Estados Unidos como asilo para los escritores y artistas en exilio?

La tolerancia sigue marcando paso, si hasta nos vanagloriamos de siempre luchar por ella, y por mucho que la reivindicamos, a menudo permanece mítica sin lograr concretarse. En algunos sectores, ya se vino abajo, dejando cuerpos rasgados en ruinas humeantes y largas filas de familias desterradas. Concepto ultrajado, desconocido, deshonrado es, sin embargo, la única virtud que permite, a mediano-largo plazo, remplazar una cultura de conflicto por una cultura de paz.

Estamos todos conscientes que no fue buena idea quitar a la instrucción cívica el rol que solía tener en los programas escolares. Sin ser el remedio milagroso, por lo menos permitía a los jóvenes entender los retos morales de la pertenencia a un país garantizando la libertad individual y la igualdad entre los ciudadanos. Cuando estamos a punto de participar en un plebiscito no solo crucial por el futuro del país, sino de impacto indiscutible a nivel internacional, uno se pregunta, al escuchar comentarios en los noticieros matinales o en su entorno directo, que demasiadas personas todavía no tienen bien claro ese concepto de tolerancia.

Puede que esa esperanza de nueva constitución sea una gota en el océano - la vería más bien como un gran paso adelante-, pero por alguna parte hay que empezar. Los principios y las creencias divergen y seguirán divergiendo, los seres humanos continuarán en casos frecuentes a actuar guiados por sus emociones, sin medir las consecuencias. No podemos esperar que, de un día para otro, nuestra manera de percibir la realidad se transforme para que tomemos las decisiones correctas y que desaparezca la violencia indebida por ideas o creencias. Pero insisto, por alguna parte hay que empezar.

Entender las diferencias en vez de condenar, debatir en vez de descalificar, respetar el espacio en vez de invadir, tolerar en vez de destruir. La lucha por la tolerancia va mucho más allá de un conflicto local, no tiene nombre de líder o dirigente, no tiene color étnico, político, o religioso. Todavía es tiempo de reconocerlo y ponerse en marcha. 🔥

